

LOS REQUISITOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL

Swami Paratparananda¹

13-6-1972

Es conocimiento común que todos los grandes hombres del mundo, cualquiera haya sido la esfera de su acción, han obtenido éxito y han llegado a la cima de sus carreras mediante perseverancia, dedicación y métodos sistemáticos. Tomemos por ejemplo los pintores y músicos renombrados a los que apreciamos mucho; los que tienen aptitud para estas artes y quieren lucirse como ellos, deben estudiar sus métodos y seguirlos. No hay atajo para la grandeza. Es el trabajo arduo y persistente el que le permite a uno alcanzarla. Igual es en la vida espiritual. Más vale unos gramos de práctica que toneladas de teorías, como decía Swami Vivekananda. El que aspira a llevar esa vida debe seguir las huellas de los grandes seres espirituales, vale decir, practicar las disciplinas con que ellos mismos se han ejercitado. “No existe otro camino para llegar al Altísimo”, dice uno de los Upanishads.

Habiendo hecho claro la importancia y la necesidad de la práctica, vamos ahora a hablar de las disciplinas. La **veracidad** ocupa el primer lugar entre ellas, pues Dios es la Verdad, declaran los Upanishads. ¿Cómo se puede alcanzar la Verdad siguiendo un camino opuesto? Además, la veracidad es indispensable aún en nuestro trato cotidiano con la gente. El hombre confía en una persona veraz muy fácilmente. Por el contrario, aunque sea atraído por otra con sus promesas fascinantes, pierde fe en ella cuando descubre que no es honesta, que no cumple con sus promesas. Hay un dicho sánscrito: “Únicamente triunfa la Verdad, nunca la mentira.” Esta, a primera vista, parecería una declaración tonta porque percibimos que en el mundo sólo prosperan los que siguen el camino de la astucia y la mentira. Pero si tenemos la paciencia de observar los llamados éxitos de esa gente, veremos que todo lo logrado por el mal camino no dura mucho tiempo, ni tampoco les proporciona la felicidad y paz que buscaban. Pues tienen miedo a ser descubiertos, miedo a confiar en alguien incluso en sus parientes más cercanos. ¿Podemos calificar entonces esa existencia suya feliz? Distinta es la situación de un seguidor de la verdad. Si un hombre habla como piensa, actúa según sus palabras, y acepta todo lo que resulta de sus acciones con calma, entonces no tiene miedo a nada. Porque piensa bien y rectamente antes de hablar y actuar; no deja nada oculto. Sólo cuando se oculta algo o se hace alguna mala acción o contra las leyes sociales o del país, y a escondidas es que se teme ser descubierta y castigado, y, para encubrir

¹ Swami Paratparananda, fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

una mentira, se recurre a mil otras; sin embargo no puede hacerse ante la verdad. Ésta, como el sol del mediodía no deja nada de oscuridad, saca a luz, revela toda mentira. Es por eso que todos los preceptores espirituales, desde los tiempos remotos, han dado una posición preeminente a la verdad entre las disciplinas espirituales. Dicen los Upanishads: "No debéis desviaros de la verdad." "El camino del cielo está hecho de la verdad." Entre las cualidades piadosas o divinas que enumera Sri Krishna en el Bhagawad Guita también encontramos la veracidad. Sri Ramakrishna, a quien millones en la India y fuera de ella aceptan como la Encarnación Divina de esta época, declara: "La veracidad constituye la mayor disciplina espiritual para la era actual." Y continúa: "Si un hombre se adhiere con tenacidad a la verdad, finalmente realiza a Dios. Sin ese respeto a ella, uno gradualmente pierde todo. Después que yo tuve la visión de la Divina Madre, le rogué, tomando una flor en mi mano: 'Madre, aquí está Tu Conocimiento, y aquí está Tu ignorancia. Toma ambos y bríndame sólo el amor puro. Aquí está Tu santidad y aquí está Tu corrupción. Toma ambas, Madre, y dáme el amor puro. Aquí está Tu bondad y aquí está Tu maldad. Toma ambas, Madre, y proporcióname el amor puro. Aquí está Tu rectitud y aquí está Tu injusticia. Toma ambas, y bríndame el amor puro.' Mencioné todo esto, pero no pude decir, 'Madre, aquí está Tu verdad y aquí está Tu falsedad. Toma ambas.' Sometí todo a Sus pies pero no pude resolverme a abandonar la verdad."

En esta cita encontramos una frase muy reveladora: "Si un hombre se adhiere con tenacidad a la verdad finalmente realiza a Dios." Quizá, se preguntes '¿Aún un hombre que no es religioso llega a tener la visión de Dios si es veraz?' Muy posiblemente, si ese hombre no se aleja de la verdad por nada en todas las circunstancias y durante toda su vida por más adversas que ellas sean, entonces los velos de ilusión ante los ojos de su mente desaparecen poco a poco. Dios lo conduce a un verdadero santo y, estando en su compañía, recobra su conciencia espiritual, y luego dedica su tiempo a pensar en Dios, hasta que alcanza Su visión.

Todos ustedes conocen el significado de la palabra 'verdad'. No obstante, citaremos algunas acepciones de ella dadas por el diccionario, para aclarar a qué nos referimos cuando la utilizamos: "La verdad es la calidad de lo que es cierto. Conformidad de lo que se dice con lo que existe. Sinceridad." Debemos agregar, "Conformidad de lo que se dice con lo que se hace." Eso es, si digo una cosa debo hacerlo, cueste lo que cueste. Así pues, cuando nos referirnos a esta palabra incluimos en su significado todas estas acepciones. Si el hombre cultiva la verdad en todo este sentido, sin duda alguna alcanzará a Dios, la Suprema Realidad, a su debido tiempo.

Pasamos ahora a otra disciplina muy importante en la vida espiritual: **la repetición del nombre de Dios**. Para muchos esto parece poca cosa. Preguntan: '¿Que hay en eso? ¿Cómo puede ayudarnos?' Intentemos contestarles. Supongamos que una persona está caminando en la calle en una parte de la ciudad donde no es conocida por nadie; de

repente oye a alguien gritar su nombre.

¿Qué hace? En seguida se detiene y mira hacia la dirección desde donde venía la voz. Pero luego se da cuenta que el llamado no era para ella, pues no ve a nadie que reconozca, pero sí a otra persona que seguramente tiene su mismo nombre, hablando con una tercera, y sin prestar ninguna atención a otros. Aun sabiendo que era extraña en aquel barrio, la primera no pudo dejar de cerciorarse que el llamado no era para ella. Vemos así que el nombre tiene su potencia.

Esa repetición del sagrado nombre de Dios se llama “Yapam” en sánscrito. Patanyali, el gran maestro, quien escribió los aforismos sobre Yoga, dice: “Yapam consiste en pensar en el significado del mantram o fórmula sagrada mientras se la repite.” Nuestra mente está llena de tendencias buenas y malas, impresiones de las acciones de las vidas anteriores, y también de esta vida. La mayoría de ellas se encuentran latentes, y cada una se manifiesta en el momento oportuno cuando viene un estímulo particular de lo externo. Repetir el nombre de Dios y pensar en él es despertar las buenas tendencias. Y a medida que uno va repitiendo esta práctica, sus inclinaciones viciosas gradualmente van siendo vencidas. Dios es amor puro, existencia y dicha eterna. Pensando siempre en Él la mente también se vuelve pura y desarrolla amor por todos y siente algo de la dicha eterna. Creemos que con esta explicación hemos contestado las preguntas sobre la utilidad de esta práctica.

La tercera disciplina la constituye **la compañía de los santos**. Sri Ramakrishna dio mucha importancia a ésta. Hay un dicho: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. ¿Qué significa esto? Que la compañía influye en alto grado el carácter de las personas. Estando en la compañía de los santos o devotos piadosos uno asimila buenas cualidades de ellos. Además, debido a que los santos siempre hablan de Dios, engendran en quienes los acompañen sed por verlo. Sri Ramakrishna solía decir: ‘La compañía de los devotos es como el agua de arroz para el que vive en el mundo, quita la borrachera mundana.’ Un proverbio sánscrito dice: “Un momento de la compañía de los piadosos ayuda al hombre a cruzar este océano de la vida”. Vamos a narrar un incidente en la vida de Swami Vivekananda. Cierta vez, cuando todavía no se había hecho famoso, estaba viajando por el norte de la India. Viajaba solo, dependiendo totalmente de Dios, se alimentaba con lo que le daba la gente, no aceptaba dinero alguno. Pero a veces los devotos le forzaban a viajar por tren proporcionándole el boleto para su próximo destino. En una de esas ocasiones bajó del tren en cierta estación y se sentó en un rincón de su andén. Después que el tren partió, el jefe de la estación, que estaba por ir a su casa, lo vio sentado en el suelo. Al solo verlo quedó atraído por el aura de espiritualidad que rodeaba al joven monje y se le acercó para ofrecerle sus servicios. Después de saludarle, Sarat Chandra Gupta, el Jefe, le preguntó: “Swamiyi, ¿tiene usted hambre?” El monje contestó: “Sí”. “Entonces hágame el favor de venir conmigo a mi casa”. El monje le replicó con la sencillez de un niño: “¿Pero qué me dará usted de comer?”

Citando un verso de un poema persa, el jefe le dijo: "Oh querido, tú has venido a mi hogar. Prepararé el plato más delicioso para ti con la carne de mi corazón". El Swami aceptó la invitación. Más tarde, Sarat oyó al Swami cantar una canción en bengalí que decía: 'mi querido debe visitarme con cenizas en su frente'. El joven devoto desapareció para aparecer de nuevo despojado de su uniforme oficial y con cenizas en su frente. Unos días más tarde el Swami decidió abandonar el lugar. Enseguida el Jefe arregló un sustituto para que se hiciera cargo de sus deberes y acompañó al Swami como discípulo. Nunca más volvió a su vida anterior. Ingresó en la Orden y se hizo monje, y fue conocido por el nombre de Swami Sadananda. El hombre, antes de su encuentro con Swami Vivekananda, aunque llevaba una visa honesta y recta, no sabía mucho de la religión. Pero al conocer a un gigante espiritual se despertaron en él todas sus durmientes inclinaciones más elevadas, y todo pensamiento del mañana que asalta a un hombre del mundo se desvaneció para siempre de su mente. Esto ilustra bien claramente el proverbio ya citado.

Este no es de ningún modo el único ejemplo en la vida espiritual del mundo. Todos ustedes conocen la transformación que hubo en los pescadores Simón y Andrés, su hermano, cuando Jesús los vio y les dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres". Ellos, entonces, dejando al instante las redes, lo siguieron. Vemos así que la compañía de los santos y Encarnaciones Divinas es un factor muy potente en la vida espiritual.

La **castidad** forma una de los fundamentos imprescindibles de la vida espiritual. Los jóvenes que quieren llevar esta vida deben adherirse a ella estrictamente, y los casados deben vivir una vida bien moderada si anhelan ver a Dios. Nadie en la historia de la religión ha llegado a tener la visión de Dios sin practicar esta virtud.

En la India, los que siguen el sendero del conocimiento, dan primacía al **discernimiento entre lo Real y lo irreal**. Sólo Dios es Real, todas las otras cosas del mundo son irreales, impermanentes, transitorias. Mientras uno considera al mundo y sus objetos como reales no puede apartarse de ellos, más aún, se aferra a ellos intensamente, ansía goces en este mundo y anhela placeres en el más allá, en los cielos. No se dá cuenta que todo placer mundano es fugaz, momentáneo. Cuando descubre esto por su propia experiencia en esta vida o en vidas pasadas, entonces, sólo entonces, no se envuelve en las cosas mundanas. Comienza a discernir, y a preguntarse: "¿Quién soy yo? ¿Por qué vine aquí, a este mundo? ¿Cuál es la meta, el objetivo de la vida humana?" Con esta reflexión empieza la vida espiritual.

Los grandes Maestros de este sendero prescriben **la práctica de las seis virtudes** siguientes: Primera: shama, dominio sobre la mente; segunda: dama, subyugación de los órganos de los sentidos; tercera: uparati, no dejar a la mente identificarse con las modificaciones de los objetos presentados por lo externo; cuarta: titiksha, soportar todos los

dolores y pesares sin quejas ni congojas; quinta: shraddhá, fe sin reserva, o plena, en las enseñanzas de las Escrituras y el Gurú, preceptor espiritual; sexta: samádhana, establecer siempre firmemente el intelecto o la mente en Dios. Por último, ellos insisten en que uno debe tener un **anhelo ardiente por la liberación**.

¿Qué significa el shama, o dominio sobre la mente? Sabemos que la mente siempre vaga en los objetos presentados por los sentidos, y piensa en ellos aunque no estén presentes. No permitir que la mente ande buscando los placeres, sino que se dirija a su propia morada, es decir, Dios, constituye su dominio.

Dama consiste en controlar y establecer los órganos de los sentidos, tanto los externos como los internos, en los lugares que les corresponde. Existe un cuadro japonés de tres monos, en que uno cubre sus ojos con las manos; otro, los oídos y otro la boca, que representa simbólicamente el concepto de que no se debe ver cosas sucias o inmorales; ni oír palabras frívolas e inútiles; ni tampoco hablar o decir cosas no ciertas, triviales y fútiles. Hay una oración en los Upanishads que dice: “Que escuchemos todo lo que es bueno, veamos lo que es auspicioso, ejecutemos con nuestros miembros acciones que plazcan a Dios, toda nuestra vida.” Ese es el significado de dama.

Retirar la mente de los objetos se uparati. A medida que uno va practicando las dos disciplinas anteriores logra la fuerza de desapegarse de las cosas externas y establecerse en pensamientos de Dios.

Hemos hablado en una de nuestras charlas anteriores sobre titiksha, más ampliamente. Por lo tanto no lo repetimos aquí.

La fe o shraddhá en la palabra del Gurú es indispensable para un aspirante espiritual. Aún en el mundo no se puede lograr nada si no se confía en alguien. Sri Ramakrishna solía decir que un devoto debe tener una fe como la de un niño. Si la madre dice al niño que tal o cual persona es su hermano, él lo cree sin reserva. Narraremos una historia para mostrar cuán cierta es esta declaración del Maestro. Había una pobre viuda en cierta aldea que tenía un hijo. Para educarlo lo enviaba a una escuela lejos de su casa. El camino atravesaba un bosque.

Un día el niño dijo a su madre: “Madre, siento miedo cuando paso por el bosque”. La madre, como era pobre, no podía darle un acompañante para protegerle de las fieras y del miedo a los fantasmas. Pensó un rato y como era devota de Sri Krishna, entregándole mentalmente el cuidado de su hijo, le dijo: “Mira hijo, tú tienes un hermano mayor que se llama Madhusudana (un nombre de Sri Krishna) quien vive en el bosque. Cuando sientas miedo llámalo y Él aparecerá ante ti y te acompañará.” El muchacho confió en la palabra de su madre y mientras atravesaba el bosque el día siguiente gritó: “Oh, hermano Madhusudana, ven pronto, tengo miedo.” De inmediato oyó una voz que decía: “Voy hermano, no te asustes,” y apareció un joven de brillante aspecto que lo acompañó hasta el final del bosque. Así el niño tuvo un acompañante todos los días que iba a la escuela. Y jugaban mientras

cruzaban el bosque. El niño contó a la madre todo lo que sucedía. Un día hubo una fiesta en la casa del maestro y se pidió a todos los alumnos que llevaran regalos. Este muchacho también pidió a su madre que le diera algo para llevar al preceptor. La madre que apenas podía sustentarse a sí misma y a su hijo, lo dijo: "Pídele a tu hermano y él te proporcionará el mejor regalo que puedas llevar." El muchacho siguió la instrucción de la madre y cuando su hermano apareció al día siguiente le pidió el regalo. El joven trajo un pequeño pote de lecho y lo entregó al muchacho al salir del bosque. El preceptor, que recibía regalos valiosos, no prestó ninguna atención a este muchacho. Al final de la ceremonia el maestro le preguntó: "¿Qué has traído para mí?" El muchacho presentó su pote de leche, el cual recibió con desprecio, diciendo a uno de sus alumnos que vertiera el contenido en una vasija. Pero sucedió algo asombroso. El pequeño pote de leche no solamente llenó todas las vasijas que el maestro poseía, sino que se mantenía lleno. Maravillado, el maestro le preguntó al muchacho: "Bueno, hijo mío, ¿dónde conseguiste este pote?" El muchacho relató todo lo ocurrido. De nuevo el preceptor le dijo: "¿Quieres presentarme a eso hermano tuyo? Anhele mucho verlo." El niño consintió enseguida con alegría, y ambos fueron al bosque. Este último llamó en alta voz a su hermano, por su nombre. Pero esta vez no ocurrió nada. El hermano no apareció. Entonces muy afligido, el muchacho, llorando, dijo: "Hermano, si no vienes mi maestro me considerará un mentiroso, por favor revélate ante nosotros." Como contestación a este ruego, sólo oyeron una voz decir: "Hermano, yo estoy dispuesto siempre a aparecer ante ti, pero tu maestro todavía no es digno de verme, el tendrá que esperar mucho." Oyendo estas palabras el maestro se quedó muy avergonzado, pidió perdón al muchacho por haberle tratado despectivamente y lo bendijo con todo corazón.

Vemos así que la mera erudición, sin las prácticas espirituales, muchas veces forma como una barrera entre nosotros, y Dios. Por el contrario, la plena fe nos ayuda a alcanzarLo. No tenemos que considerar esta historia como un cuento para halagar a los niños. Todo esto sucedió en la India no muy antigua. Tampoco es un incidente único. Hay casos similares que leemos en la historia de las religiones, en todas partes del mundo. Vamos a citar otro ejemplo.

Había un Brahmín piadoso que siempre hacía el culto a su Ideal. Un día, a la hora de ofrecer la comida al Señor, tuvo que salir por alguna causa. Antes de partir dijo a su hijo de tierna edad que hiciera la ofrenda al Ideal. El muchacho llevó los platos y los colocó en el altar y pidió al Señor que se sirviera de la comida.

Cuando vio que el Señor, la Imagen, no mostraba ninguna señal de movimiento, empezó a llorar, diciendo: "Oh Señor, mi padre tuvo que ir a otra parte, él me encargó que te ofreciera este servicio. Parece que Tú estás enojado conmigo. Discúlpame si yo he cometido algún error; por favor sírvete, si no, mi padre se enojará conmigo." Oyendo estas sencillas palabras del simple niño, el Señor apareció ante él, y comió todos los

platos. Después de unos minutos la gente de la casa llamó al muchacho para que trajera la ofrenda, pero el muchacho dijo que el Señor ya había tomado toda la comida. Asombrados, ellos fueron al templo y vieron que los platos estaban limpios. Y cuando el padre volvió y oyó lo sucedido, se quedó alegre y triste a la vez; alegre, porque su hijo con su fe infinita e intensa había visto a Dios; triste, porque él mismo aun después de todos sus esfuerzos y cultos por ver a Dios, no había llegado a tener Su visión.

Observamos así que la fe es indispensable en la vida de un aspirante espiritual, cualquiera sea su sendero hacia Dios. Pero desgraciadamente la debilidad de nuestra época consiste en no creer en nada, especialmente de la vida religiosa, mientras no tengamos pruebas tangibles acerca de ella. Hemos casi relegado al Espíritu de nuestro terreno de pensamiento y acción. Le hemos cerrado la puerta de nuestro corazón. Debemos remediar esta situación. Debemos convertir al corazón en el templo de Dios, y, como hizo Jesús, echar afuera a todos los que venden y compran, es decir, las inclinaciones que nos dirigen hacia el placer mundano; y afirmar como Él que 'mi casa, casa de oración será llamada'. Debemos abrir nuestro corazón para que entre la fe en él. Sri Krishna dice en Bhagawad Gita: 'Así como es la fe de un hombre, de igual modo forma su carácter. El hombre *sátvico* adora a Dios, el que tiene fe en los seres celestiales es en el que predominan las cualidades *rayásicas*; y los que tienen inclinaciones o propensiones *tamásicas*, adoran a los fantasmas o al mundo material. Seamos adoradores de Dios, alejándonos del puro materialismo.

Ahora discutamos sobre el samádhana o tranquilidad mental. Todo el mundo sabe cuán veleidosa es la mente; aquietarla es un esfuerzo de toda la vida, para la mayoría de la humanidad. Sin embargo, sin dirigirla hacia Dios no se logra la tranquilidad, la paz eterna. Sólo cuando se practican todas las disciplinas ya mencionadas, u otras semejantes, es posible alcanzar este estado. Si no, es difícil, más aún, imposible que logremos tenerlo, pues la tranquilidad no está en la felicidad material. La sed del hombre por las cosas materiales no se apaga nunca, sino que aumenta cada vez más. Y con todas estas preocupaciones, ¿cómo puede tener uno la tranquilidad mental? Es al revés lo que sucede. Todo esto agita la mente en lugar de calmarla. Además, lo que busca la mayor parte de la humanidad no es la tranquilidad, sino la felicidad, y esto lo hace aun sabiendo que es pasajera, que trae consigo innumerables dificultades y pesares, y que también debilita a uno tanto física como mentalmente. Sri Krishna dice en el Bhagawad Gita: "Está ausente la facultad de discernir en el que se ocupa de los placeres. El que la ha perdido no es capaz de pensar en cosas más elevadas. El que no piensa en el Ser o Dios no tiene paz, entonces, ¿cómo puede lograr la felicidad o dicha eterna? En cambio, el que está libre de los pares de opuestos, tales como el afecto y la repulsión, aunque vive en el mundo, los subyuga a su voluntad y alcanza la ecuanimidad. Una vez lograda la serenidad se desvanecen todos los pesares para este hombre."

Uno puede cultivar todas estas virtudes durante un tiempo, pero, si no hay desapasionamiento por las cosas mundanas, entonces, en el momento de prueba todas ellas desaparecen, del mismo modo que un arroyo al atravesar un desierto.

Los hindúes creen que un ser humano renace una y otra vez hasta que alcance la liberación. ¿Liberación de qué? Liberación de estos nacimientos y muertes, liberación de todas las ligaduras del mundo. También creen, que es uno mismo quien fabrica sus renacimientos en esta tierra, mediante sus acciones. Cada uno tiene que pasar por las experiencias del mundo antes que llegue a tener desapego a los placeres. Sólo entonces se dispone a valorar las cosas pertenecientes al reino del espíritu. Si no, por más que se le aconseje o enseñe uno no es capaz de creer en la necesidad de llevar una vida espiritual. Por lo tanto, un anhelo ardiente es imprescindible para lograr la visión de Dios o conseguir la liberación.

En la vida espiritual la guía de un maestro es necesaria, pero, debemos poner extremado esmero antes de elegir o someternos a un Gurú. Sri Shankara en su libro Viveka Chudamani da algunos signos por los cuales uno puede reconocer al verdadero maestro espiritual. Dice: "El que ha estudiado las Escrituras Sagradas, el que es sin mácula, a quien no mueven los deseos, quien conoce a Brahman, la Suprema Realidad, cuyo descanso está en Brahman, que ha realizado a Brahman, cuya personalidad es como el fuego sin humo, quien es como un océano de compasión hacia todos los que se le acercan con el deseo de liberarse, es un verdadero Gurú". En él no existe el deseo de ganar dinero, fama o renombre. Todo lo que le da el impulso para enseñar a los demás es su compasión hacia los afligidos del mundo. Pero es difícil encontrar a alguien que ha realizado, visto a Dios. Esto no quiere decir que el mundo carece de personas que llevan una vida completamente entregada a Dios, que nunca piensan en su propio bien material cuando intentan compartir sus experiencias espirituales con los demás. Ese debe ser el criterio con que se debe elegir un Gurú. Hoy en día es moda cambiar de maestros espirituales tan a menudo como sea posible. Porque la gente no sabe lo que quiere. Su idea es muy nebulosa, a veces cree que anhela a Dios, pero al instante dirige su mente hacia los bienes, la salud, o cómo salir de los apuros. Si se observa, se hallará que la mayor parte de ella busca solamente estas cosas y no a Dios. Es por eso que andan visitando a un Gurú y al otro, sin tener una idea fija de lo que quieren. Pero eso es justamente lo que no debe hacer un aspirante espiritual, porque eso muestra su falta de fe en el maestro a quien se acerca, y por consiguiente, no logra nada ni en este mundo ni en el más allá. Uno debe observar al maestro durante un largo tiempo antes de someterse a su guía. Una vez aceptado, nunca debe cambiar sino seguir sus instrucciones al pie de la letra y en su espíritu, hasta la muerte, sin vacilar. Porque el Gurú sólo puede mostrar el camino adecuado al discípulo particular, según sus inclinaciones. El resto depende de él mismo. Sólo en casos muy especiales

en que el Gurú es la Encarnación Divina o un santo de muy alta categoría, y el discípulo posee algunas buenas cualidades bien prominentes, es que el primero quita los obstáculos del sendero espiritual del segundo por su mero toque. Tampoco un preceptor espiritual acepta a un discípulo muy fácilmente. Lo observa durante un largo periodo. Lo somete a muchas pruebas y sólo cuando se asegura que el discípulo le seguirá sin reserva y no se apartará del camino espiritual, le concede su gracia.

El sendero de la devoción no exige muchas de las disciplinas del conocimiento, sin embargo, insiste en la fe, tanto en las Escrituras como en el Gurú; también, en la repetición del santo nombre de Dios. Pero esto no significa que permite la ausencia de las virtudes enumeradas precedentemente. En este camino el aspirante, por su intensidad de la devoción, desarrolla en él todas las buenas cualidades, como por ejemplo: compasión, suavidad de naturaleza, dominio sobre la mente, tranquilidad y otras semejantes, y hasta que no las alcanza no consigue la visión de Dios.

En resumen, los requisitos para la vida espiritual consisten en practicar disciplinas tales como la veracidad, la castidad, la compañía de los santos, la repetición del santo nombre de Dios, el dominio sobre la mente y los órganos de los sentidos, la intensa fe en las palabras de los textos sagrados y el Gurú, y por último, si bien no menos importante, la guía del Preceptor espiritual. Además, es necesaria una intensa ansiedad por liberarse de los nacimientos y muertes. Bienaventurados serán los que tropiezan con un verdadero Gurú y siguen practicando intensa y firmemente las disciplinas que él les aconseja.
